

SÉRMON

PARA EL

PRIMER DOMINGO DE CUARESMA.

SOBRE LA PALABRA DE DIOS.

Non in solo pane vivit homo, sed in
omni verbo, quod procedit de ore Dei.

El hombre no vive solamente con pan,
sino con todas las palabras que salen de
la boca de Dios.

MATTH. 4. v. 4.

En nada se conoce tanto el poder y lo sublime de la palabra del Evangelio, como en los símiles de que usa Jesucristo para anunciarnos sus efectos. Ya dice que es una espada sagrada que separa al padre del hijo, al esposo de la esposa, al hermano de la hermana y al hombre de sí mismo; que cautiva todo espíritu bajo el yugo de la fe; que sujeta los Césares, triunfa de los prudentes y sábios, y levanta el estandarte de la cruz sobre las ruinas de los ído-

TOM. III.—P. 17.

los é imperios, y en esto nos quiso representar su fuerza, á la que no ha podido resistir el mundo entero.

Ya dice que es un divino fuego derramado en un instante por toda la tierra, que deshace las montañas, despuebla las ciudades, puebla los desiertos, reduce á cenizas los templos profanos, abrasa los hombres y los hace correr á la muerte, como insensatos, á vista de las naciones, y en estas parábolas se nos representa la prontitud de sus operaciones y la rapidez de sus victorias.

Ya que es una levadura misteriosa que une y junta toda la masa; que ata todas sus porciones, que las imprime una fuerza y una virtud comun, que confunde las distinciones de judío y de gentil, de griego y de bárbaro, y da á todos el mismo nombre y el mismo ser; y en esto se conoce su santidad y su oculta virtud, la que ha purificado todo el universo y ha hecho de todos los pueblos uno solo.

Otras veces que es una semilla, que aunque parece al principio que se pierde en la tierra, crece despues y da ciento por uno, y el principio de su fecundidad no es el obrero que la siembra, sino el Autor invisible que da el incremento.

Pero hoy la compara Jesucristo al pan que sirve de sustento al hombre: *Non in solo pane vivit homo*, y con esto nos quiere enseñar que la palabra evangélica es un sustento fuerte y sólido, pernicioso muchas veces á los que le reciben con corazon enfermo y corrompido, y útil solamente á las almas que le comen con una ansia santa y que vienen á oirla con un corazon bien dispuesto.

Para reducirme, pues, á esta idea, nada diré de las maravillas que obró en otro tiempo en todo el mundo esta palabra anunciada por doce pobres. Pasaré en silencio la santidad de su doctrina, lo sublime de sus consejos, la pru-

dencia de sus máximas, y ciñéndome á la instruccion y á lo que puede hacer os útil la palabra del Evangelio que hoy se predica, os enseñaré primeramente cuáles son las disposiciones con que debeis venir á este santo lugar para oirla; y en segundo lugar, con qué espíritu debeis despues escucharla. Estas son dos obligaciones no solamente despreciadas, sino tambien ignoradas de la mayor parte de los fieles que vienen á los piés de los púlpitos cristianos, y esta es la raiz mas comun del poco fruto de nuestro ministerio. Imploramos, etc. *Ave Maria*.

PRIMERA PARTE.

Lo que distingue á los justos de los cristianos carnales, dice San Agustin, no es el cuerpo de las obras exteriores, sino el espíritu invisible que las anima. Las acciones de la devocion son muchas veces comunes á los buenos y á los malos, y sola la disposicion del corazon es la que los distingue. Todos corren, dice el apóstol, pero no todos llegan al fin de la carrera, porque no es uno mismo el espíritu que les impele.

Aplicaré, pues, esta máxima á mi asunto. Entre todas las obligaciones de la piedad cristiana no hay absolutamente otra con que mas cumplan exteriormente, tanto los justos como los pecadores, como en venir á oír la palabra del Evangelio; todos vienen en tropel como en otro tiempo los israelitas al pié del santo monte, á oír las palabras de la ley; apenas basta el recinto de nuestros templos para recibir la multitud de fieles, ni aun en la hora en que se celebran los terribles misterios se ven tantos adoradores al rededor de los altares. Cesan las concurrencias profanas para venir á aumentar el concurso en el tiempo del ser-

mon, y los siglos en que se ha visto entibiarse el celo de los cristianos en orden á las demás obligaciones de la religion, parece que no le han podido entibiar en orden á esto. Con todo eso, entre todos los ministerios confiados á la Iglesia para perfeccionar á sus escogidos, casi no hay otro mas inútil que el de la predicacion, y el mas poderoso medio de que se ha valido siempre la religion para la conversion de los hombres, es hoy el mas débil de todos sus recursos. Vosotros mismos, católicos, sois bien funesta prueba de esta verdad. Nunca han sido tan frecuentes las instrucciones como en nuestros dias, y nunca han sido mas raras las conversiones.

Importa, pues, manifestar aquí las causas de un abuso tan comun y deplorable. La primera consiste sin duda en la falta de las disposiciones que deben traerlos á este santo lugar para oír en él la divina palabra. Y á la verdad que si San Pablo mandaba antiguamente á los fieles que se probasen antes de ir á comer el pan de vida, si les declaraba que el no distinguirle de las viandas comunes era hacerse culpables del cuerpo del Señor, igual razon tengo yo para deciros que debéis probaros y preparar vuestra alma antes de venir á participar del sustento espiritual que distribuimos al pueblo, y que el no distinguirle de la palabra de los hombres cuando le venís á recibir, es haceros culpables de la misma palabra de Jesucristo.

La primera disposicion que os pide la santidad de esta palabra, cuando venís á oírla, es un deseo de que os sea útil. Antes de venir á nuestros templos debéis en lo interior de vuestra casa encomendaros al Padre de las luces y pedirle que os dé aquellos oídos del corazon con los que únicamente se oye su voz, que dé á su palabra aquella virtud, aquella oculta fuerza, aquellos atractivos que son

tan poderosos y felices para la conversion de los pecadores, que venza aquella insensibilidad que habeis opuesto hasta ahora á todas las verdades que habeis oído, que fije aquellos movimientos instantáneos que habeis experimentado tantas veces al tiempo de oírlos, y que nunca han producido efecto alguno para vuestra eterna salud, que nos dé á nosotros áquel celo, aquella sabiduría, aquella dignidad, aquella plenitud de su espíritu, aquellas vivas luces, aquella divina vehemencia siempre persuasiva que nunca habla en vano y forma en nuestros corazones el amor á las verdades que pone en nuestra boca; que nos haga insensibles á vuestras alabanzas y á vuestras censuras, para que os seamos mas útiles en vuestras necesidades; que el deseo de vuestra salvacion supla en nosotros el defecto de los talentos que nos niega la naturaleza, y que honremos nuestro ministerio no intentando agradaros, sino salvaros.

Y á la verdad, católicos, si antiguamente los israelitas cuando estaban para acercarse á la montaña de Sinaí á oír en ella las palabras de la ley que les habia de anunciar el ángel, tuvieron precision por orden de Dios, de purificarse, de lavar sus vestiduras y de abstenerse aun de las santas obligaciones del matrimonio para disponerse á esta grande accion y no llegar al pié de la montaña con cosa alguna que no fuese digna de la santidad de la ley que iban á escuchar, ¿no es mas razonable, dice San Juan Crisóstomo, que cuando venís á oír las divinas palabras de una ley mas santa, vengais á lo menos con unas disposiciones de fe, de devocion y aun de respeto exterior, que denoten en vosotros un deseo sincero de conformar vuestras costumbres con las máximas que os anunciamos? ¿Es posible, católicos, que los preceptos de Jesucristo, las palabras de vida eterna se han de oír con menos precauciones

que los preceptos de una ley figurativa? ¿Es acaso porque no os la baja á anunciar un ángel del cielo? ¿Pero no somos nosotros aquí como él, los enviados de Dios, y no os hablamos como él en su lugar? ¿tenia el ángel en la montaña alguna señal mas visible de la divinidad que nosotros? Él ángel escribia la ley sobre las tablas de piedra, y la gracia de nuestro ministerio las graba en los corazones; él prometia leche y miel, y nosotros anunciamos los verdaderos bienes; él habla á los jefes de las tribus, á aquellos héroes que vencieron á los pueblos de Canán y conquistaron sus ciudades, y nosotros hablamos en presencia de los reyes y príncipes de la tierra, y en la presencia de un rey aun mucho mayor por su piedad que por sus conquistas; los relámpagos y rayos que acompañaban á sus amenazas contra los transgresores de la ley aterraban al pueblo, que estaba amedrentado al pié de la montaña: ¿pero qué eran aquellas amenazas y maldiciones temporales de que sus ciudades serian arruinadas, llevados cautivos sus hijos y mujeres, si las comparais con la eterna desgracia que no cesamos de pronosticar á los transgresores de la ley de Dios? Separad lo que nosotros somos del ministerio con que cumplimos, y no hallareis aquí cosa alguna menos respetable y terrible que en el monte de Sináí.

Y con todo eso, ¿con qué disposiciones venís á una accion tan santa y tan digna de respeto? Os trae el deseo de satisfacer una vana curiosidad, el pasar el tiempo, el asistir á un espectáculo de la religion en que quereis divertir, el seguir una costumbre recibida en el mundo, y aun acaso el deseo de agradar al soberano, imitando su respeto á la divina palabra, y granjearos su atencion mas que las divinas misericordias; y acaso tambien unos fines mas infames, de los que no me atrevo á hablar por no ofender la

gravedad de nuestro ministerio. No venís aquí guiados por motivo alguno de vuestra salvacion, no os disponeis con fin alguno de la fe, no os acompaña pensamiento alguno de devocion, y por decirlo de una vez, el venir á oír la divina palabra no es en vosotros ejercicio de religion.

Y esta es la primera razon de la inutilidad de nuestro ministerio. Porque ¿cómo quereis que un medio absolutamente profano sirva de disposicion para la gracia, y que entre la multitud de fieles que se juntan en este santo lugar os distinga la bondad de Dios para disponer vuestro corazon á la divina palabra, cuando habeis venido aquí con unas disposiciones las mas propias para apartar de vosotros esta misericordia? Católicos, así como la religion no tiene en cierto modo cosa mayor que el depósito de la doctrina y de la verdad, la devocion no conoce tampoco cosa mas importante y que pida mas religiosas precauciones que el oír la é instruirse con ella.

La segunda disposicion que os debe traer á este santo lugar es una disposicion de dolor y confusion, fundada en el poco fruto que hasta ahora habeis sacado de tantas verdades como habeis oído. Debeis acordaros de tantos movimientos de compuncion como ha obrado el Señor en vuestros corazones por medio del ministerio de la palabra, sin que hayan producido efecto para vuestra eterna salud; de tantas piadosas resoluciones inspiradas en este santo lugar que parecian prometer una mudanza de vida, y que al salir de él se deshicieron contra el primer escollo; porque lo que aquí mas debe atemorizaros es, que todas las verdades que en vosotros han hecho algunas leves impresiones, son otros tantos testigos que depondrán contra vosotros en el tribunal de Jesucristo; todas las veces que la palabra del Evangelio no os ha movido á penitencia, os ha-

beis hecho con ella más indignos de conseguir la gracia del arrepentimiento. En esto no conoce medio la fe, y si no salís de aquí mudados, siempre salís en algun modo más culpables, porque habeis añadido á los demás delitos el del desprecio de la santa palabra.

En estas reflexiones debiera ejercitarse vuestra fe, y temblando acerca de lo pasado, debeis preguntaros á vosotros mismos cuando venís al templo: ¿Voy á oír una palabra que me ha de juzgar, ó unas verdades que me han de libérrtar? ¿voy á ofrecer á la misericordia de Dios un corazón dócil y dispuesto, ó á su justicia nuevos motivos de condenacion contra mí? ¿Es posible que ha tanto tiempo que me están anunciando unas verdades cuya fuerza no puede debilitar en mi entendimiento toda la condescendencia de que uso con mis pasiones, y que en mi interior me hacen confesar, aún á pesar mio, el desórden de mis caminos, y con todo eso, no he dado hasta ahora un paso para salir de ellos? ¿que ha tanto tiempo que me están avisando que el cuerpo del cristiano es templo de Dios, sin que por eso yo sea más casto? ¿que ha tanto tiempo que oigo decir que es preciso sacarse el ojo que escandaliza y arrojarle de sí, sin que con todo eso yo me haya separado de aquellas conexiones tan incompatibles con mi salvacion? ¿que ha tanto tiempo que me están diciendo que el dilatar de día en día la penitencia es querer morir en el pecado, sin que por eso me halle más dispuesto á salir de mi estado deplorable y á empezar de veras la obra de mi salvacion?

¡Gran Dios! ¿no os habeis de cansar de darme un corazón sensible á unas verdades que siempre me mueven sin mudarme jamás? ¿no castigareis el abuso de vuestra palabra, quitándola para conmigo aquella fuerza que aun la dejais para que me llame á la penitencia? Y á la verdad,

católicos, ¿cuántos fieles de los que me oyen, sensibles en otro tiempo á las verdades que les anunciamos, no vienen ya hoy á ofrecerlas más que un corazón tranquilo y obstinado? Despreciaron aquellos felices momentos en que la gracia queria abrirles este camino de conversion, y después de tan dilatado y funesto desquido nos oyen con indiferencia, y las más terribles verdades que proferimos no son para ellos más, como dice San Pablo, que el sonido del metal y el ruido de una campana.

Ahora os pregunto, católicos: ¿habeis conocido hasta ahora aquel sentimiento de dolor por lo poco que os habeis aprovechado de los sermones que habeis oido? Mujeres del mundo, ¿puede la pompa exterior con que venís al templo dar á entender esta disposicion? ¿no os disponeis para venir á oír los sermones en que se condena al mundo, con los mismos cuidados de indecencia y vanidad que para asistir á los espectáculos profanos? ¿qué diferencia haceis de unos á otros? ¿no parece ó que nosotros os hemos de anunciar aquí las insensatas máximas de los teatros, ó que solamente venís á insultar con un adorno indecente, aun segun el mundo, las santas máximas del Evangelio?

¡Pero qué es lo que digo, amados oyentes míos! Lejos de avergonzaros de las muchas verdades que hasta ahora habeis oido sin fruto, ¡ah! acaso estais contentos de haber sido insensibles á ellas, acaso os haceis fuerza y teneis por deplorable vanidad el oírlos con indiferencia; acaso teneis por valentía y grandeza de ánimo que lo que mueve á los demás os deje á vosotros solos serenos y tranquilos; acaso haceis ostencion de vuestra insensibilidad, y os parece que seria cobardía el dejarse mover de las verdades que en otro tiempo triunfaron de los filósofos y césares; de unas verdades bajadas del cielo y que tienen en sí unas se-